

Estado-nación y “movimientos indígenas” en la región Andina: cuestiones abiertas¹

Aníbal Quijano*

** Director
del Centro
de Investigaciones
Sociales (CEIS),
Lima, Perú.
Integrante
del Comité Consultivo
del Programa
de Estudios
sobre Democracia
y Transformación Global
de la Universidad
Nacional Mayor
de San Marcos, Perú.
Profesor
de la Universidad
de Binghamton,
Nueva York.*

Quiero comenzar estas reflexiones señalando las dificultades de mirar o de pensar a los movimientos indígenas como si se tratara de poblaciones homogéneamente identificadas. Ecuador es el único lugar en donde la virtual totalidad de las identidades o etnicidades indígenas han logrado conformar una organización común, sin perjuicio de mantener las propias particularidades. El ecuatoriano es también el movimiento indígena que más temprano llegó a la idea de que la liberación de la colonialidad del poder no habría de consistir en la destrucción o eliminación de las otras identidades producidas en la historia del Ecuador, sino en la erradicación de las relaciones sociales materiales e intersubjetivas del patrón de poder así como también en la producción de un nuevo mundo histórico inter-cultural y una común autoridad política (puede ser el Estado), por lo tanto, inter-cultural e inter-nacional, más que multi-cultural o multi-nacional.

El proyecto de una Universidad Indígena Inter-cultural con su Instituto de Investigaciones Inter-culturales es uno de los claros testimonios de esas ideas, aunque su desarrollo ha sido hasta el momento más bien lento e irregular. Después de frustráneas (por apresuradas y erróneas) alianzas políticas que llevaron a algunos líderes del movimiento a formar parte del gobierno del Estado central, bajo el Coronel Gutiérrez, quien pronto se reveló como agente de la colonialidad del poder, divisiones y debates ásperos abrieron un período de grave crisis en la unidad y en la organización del mismo. No obstante, está en curso un claro proceso de renovación organizacional y de relegitimación del nuevo liderazgo tanto dentro de la población indígena como respecto de los agentes sociales de otras identificaciones. Eso ha permitido al Movimiento Indígena Ecuatoriano volver a ser el principal agente y representante político-cultural de la población popular ecuatoriana, hasta el punto de ser el conductor del actual movimiento popular que ha logrado bloquear e impedir la aprobación del Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Ecuador y Estados Unidos y la cancelación del contrato con la OXY para la extracción de petróleo. Sin duda, dentro del movimiento indígena ecuatoriano se instalará pronto, si no lo está ya, el debate en torno de avanzar hacia el gobierno del Estado. Y en ese caso, las cuestiones de la inter-culturalidad y de la inter-nacionalidad del Estado, sus formas de representación y de organización institucional para la práctica de ambas propuestas, nos convocarán a todos en América Latina.

En el caso de Bolivia no ha ocurrido un proceso semejante. Los que se auto-identifican como indígenas no han logrado producir ni una organización ni propuestas culturales y políticas comunes. El Movimiento al Socialismo (MAS) no se formó ni desarrolló como movimiento indígena, sino como organización primero sindical y después política, aunque la población que lo integra, comenzando por su principal líder, Evo Morales, sea identificada o inclusive pueda auto-identificarse como indígena según la clasificación social fundante de la colonialidad del poder —es decir, en términos de *raza*. Sin embargo, Bolivia es el pri-

“El Movimiento al Socialismo (MAS) no se formó ni desarrolló como movimiento indígena, sino como organización primero sindical y después política, aunque la población que lo integra, comenzando por su principal líder, Evo Morales, sea identificada o inclusive pueda auto-identificarse como indígena”

mer país latinoamericano en el cual los indígenas (en términos ya no sólo raciales, sino ante todo culturales) han terminado siendo hegemónicos en un amplio movimiento popular que ha logrado asumir, por votación mayoritaria de la población, el gobierno del Estado central del país. Eso abre a la investigación y al debate un complejo conjunto de cuestiones. La primera y obvia es si Evo Morales y el MAS habrían llegado a ser lo que son si se hubieran presentado desde el primer momento como un movimiento indígena en lugar de formarse y desarrollarse como un movimiento político popular (esto es, pluri-social y pluri-étnico), cuya meta histórica sería el socialismo. Evo Morales es aymara, pero en momento alguno apareció como el dirigente aymara de mayor autoridad y reconocimiento. Felipe Quishpe, apodado “El Mallqu”, estuvo y quizás aún esté más cerca de ese lugar y de ese papel. Y mientras que para una parte influyente de la inteligencia y del liderazgo político aymara, el proyecto central aymara es el restablecimiento del Collasuyo (nombre del ámbito geohistórico aymara dentro del Tawantinsuyo o “Imperio Incaico”), para el actual gobierno del MAS el proyecto político central es el establecimiento de un Estado multi-cultural y multi-nacional. Esto es, la redistribución de la representación política de todas las culturas y/o naciones en el mismo Estado.

De tener éxito, esa democratización de las condiciones y límites de la dominación política implicaría un proceso peculiar de des/colonización del Estado, y abriría sin duda cruciales cuestiones en el debate boliviano, latinoamericano y mundial. En especial, acerca de cuáles podrían ser las formas de representación multi-nacional y multi-cultural, y cuáles las respectivas formas de institucionalización en el nuevo Estado.

Puesto que ningún movimiento indígena unificado ha estado debatiendo de modo organizado aquellas cuestiones durante el proceso que ha llevado al MAS al gobierno del Estado, el indispensable debate está apenas comenzando. Y esa discusión sin duda será una de las más álgidas áreas del conflicto político durante y después de la Asamblea Constituyente. En lo fundamental, las opciones en debate podrían ser:

- si lo multicultural y lo multinacional del Estado habrá de consistir en que individuos de todas las varias culturas y/o naciones tengan lugar y papel en el gobierno del Estado;
- si tales roles serán distribuidos entre individuos indígenas en forma proporcional a la magnitud de cada una de las identidades, pero en un Estado con la misma estructura institucional que el actual –esto es, con su conocida y respectiva división de poderes;
- si cada una de las poblaciones que reclama identidad diferenciada y propia tendrá, como lo están reclamando ya, autonomía territorial, política y jurídica;
- si los organismos constituidos por las poblaciones pluri-identitarias en sus principales momentos de las luchas de los últimos años, como por ejemplo la Federación de Juntas Vecinales del Alto, la Coordinadora del Agua, el Consejo

Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu (CONAMAQ) y otros equivalentes, formarán también parte de un nuevo universo institucional de autoridad colectiva y pública, si se quiere, de un nuevo Estado.

Por otra parte, aunque el término *socialismo* está inscrito en el nombre mismo de la organización política gobernante (el MAS), el vicepresidente Álvaro García Linera sostiene que en Bolivia no están dadas ahora las condiciones para tratar de ir hacia el socialismo, pues no existe en el país una clase obrera amplia, y mucho menos mayoritaria. García Linera propone ir más bien hacia un "capitalismo andino-amazónico". En lo fundamental, esa fórmula pareciera referirse por un lado al control estatal de una parte mayor de la renta producida en la realización mercantil del gas y del petróleo, como resultaría de la reciente nacionalización de los respectivos yacimientos, para re-distribuir-la entre las comunidades, pueblos, pequeñas y medianas empresas y servicios públicos. Esa política podría implicar una relativa desconcentración del control del trabajo, de sus recursos y de sus productos.

Pero por otro lado, sería mantenido el control privado-empresarial del resto de la acumulación capitalista, actualmente en manos, sobre todo, de la burguesía de Santa Cruz, Tarija y de otros centros menores, asociados ya al capital global. No está aún esclarecida la relación entre ambas formas de administración del capital. Los conflictos y las asociaciones probablemente serán discutidos y negociados en la Asamblea Constituyente y en el Referéndum Autonómico acordado para resolver la cuestión de las autonomías. Las burguesías regionales plantean, obviamente, el control autónomo de sus respectivas regiones (sobre todo Santa Cruz y Tarija, donde están las reservas de hidrocarburos, la más moderna agricultura comercial y algunas industrias), pero las identidades indígenas demandan autonomía territorial por cuestiones culturales y jurídico/políticas; esto es, en tanto que identidades nacionales.

La historia que viene permitirá contestar una crucial e ineludible cuestión: ¿puede la redistribución multi-cultural y/o multi-nacional del control del Estado ocurrir separadamente de la redistribución del control del trabajo, de sus recursos y de sus productos, y sin cambios igualmente profundos en los otros ámbitos básicos del patrón de poder?

En el caso del Perú, la mayor parte de la población que *racialmente* es considerada india o indígena no está incorporada, ni parece hasta el momento interesada en estarlo, a ningún movimiento indígena de las mismas dimensiones e impacto que en los otros países en referencia. La propuesta teórica² para explicar esa diferencia es que, sobre todo después de 1945, sucede una vasta des-indianización, en el proceso de la urbanización de la sociedad peruana, en los cauces de la migración rural/urbana, de la crisis del Estado oligárquico y de la bancarrota de sus dos principales expresiones de dominación cultural.



© Nick Buxton

La cultura gamonal-andina en las relaciones entre el señorío terrateniente y los indios, sobre todo en el campo, pero también en las ciudades de la Sierra, y de la cultura señorial-criolla en las relaciones entre la burguesía señorial, los grupos de capas medias educados por aquella, y los negros, mestizos e indios, en las ciudades de la Costa.

Ese proceso de des-indianización fue abrupto y masivo, abarcó a todo el país, y produjo una población –sobre todo urbana, pero también rural– a la que dentro de la cultura señorial-criolla se le impuso el nombre de “chola”. La des-indianización produjo, así, una “cholificación” de la población.

Esa población identificada por los otros como “chola” fue sin duda el mayor agente del cambio en la sociedad y el poder en el Perú después de la Segunda Guerra Mundial, aunque primero fue contenida y derrotada políticamente, comenzando con los sucesivos regímenes militares que se autodenominaron revolucionarios, y después en buena parte fue cooptada por el patrón de poder post-oligárquico, en especial desde la re-privatización del control del Estado y la profunda reconcentración del control de los recursos de producción y de los ingresos, que comenzó con la funesta dictadura fuji-montesinista. Una amplia parte de la población que no se des-indianizó fue víctima de la guerra sucia entre el terrorismo de Estado y el de Sendero Luminoso entre 1980 y 2000. Según el

Informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, la mayoría de los más de 60 mil asesinados en ese período eran precisamente campesinos indígenas. No faltan ahora intentos procedentes de algunos grupos de la ex izquierda por formar un movimiento indígena, e incluso se ha montado por cuenta de la primera dama del gobierno de Toledo una maquinaria burocrática, ya acusada de corrupción fiscal, para manipular a algunos pocos y pragmáticos grupos con un discurso “originario”.

Los únicos grupos que de verdad se mueven en esa dirección son las comunidades de la selva amazónica, donde hace unas tres décadas, con la formación de la Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA), comenzó toda la historia reciente de los movimientos indígenas del área andino-amazónica³. Más recientemente, bajo los impactos de los procesos de Bolivia y Ecuador, algunas comunidades campesinas, sobre todo aquellas enfrentadas a las corporaciones mineras multinacionales, han comenzado a identificarse como indígenas y a plantearse como nuevos movimientos políticos identitarios.

De todos modos, el mapa político de América Latina, tanto en términos territoriales como “culturales” o “étnicos”, está cambiando notoriamente. Pero la cuestión central de estos procesos es la crisis de la Colonialidad del Poder. Históricamente fundado en estas tierras, también aquí está entrando en su más radical momento de crisis.

Los estados-nación

En el actual patrón de poder, uno de cuyos ejes centrales es el capitalismo (en el sentido que esta noción admite en la teoría de la colonialidad del poder), la idea de un interés social “nacional” corresponde a la existencia de una sociedad nacional dominada por una burguesía nacional, con un Estado nacional. Es decir, a una estructura de poder configurada según esas condiciones. En América Latina, antes de la llamada Revolución Mexicana, esas características correspondían solamente a Chile, desde la República Portaliana en la segunda década del siglo XIX. Tal Estado nacional oligárquico fue consolidado con el exterminio genocida de los mapuches –denominación impuesta a una población de indios de diversos orígenes. Los movimientos sociales, sobre todo de las capas medias y del proletariado minero hacia un moderno Estado-nación, desarrollados desde 1920, culminaron en la década del treinta con el gobierno del Frente Popular, que implicó una suerte de pacto político entre la burguesía chilena y los partidos políticos de los trabajadores y de las capas medias para consolidar las normas y las instituciones de la democracia liberal/burguesa. Fue con estas normas que los trabajadores y sus asociados en las capas medias llegaron con Allende al gobierno en 1971, pero fue también su lealtad con las mismas lo que facilitó su derrota bajo un cruento golpe militar en 1973.

***“Por eso hoy,
como ocurre en
Bolivia, la demanda
de las poblaciones
que precisamente
fueron víctimas
de estados
no nacionales
y no democráticos,
es no tanto más
nacionalismo y
más Estado,
sino ante todo
otro Estado;
esto es,
des/colonializar
ese Estado, que es
la única forma
de democratizarlo”***

Bajo el pinochetismo se llevó a cabo una contra-revolución. Se impuso una sangrienta dictadura mientras se removían y cambiaban las más corroídas bases sociales del Estado para adecuarlas a la neo-liberalización del capitalismo, iniciado precisamente allí y entonces, y a las necesidades de la globalización –esto es, de la reconcentración mundial del control del trabajo y del Estado.

Pero eso produjo también una nueva sociedad capitalista nacional y su nuevo Estado-nación respectivo. Esa condición explica que lo que ocurre hoy con el capitalismo en Chile, no ocurriera en Bolivia a pesar de que también allí dictaduras militares ferozmente represivas actuaron desde antes y durante los mismos años, o más tarde en Argentina o Uruguay. O que no ocurriera en un país como el Perú, de lejos mejor dotado en términos de recursos, pero cuya burguesía no ha dejado de practicar la rapiña desde el comienzo mismo de la república en asociación con el capital imperialista.

Por eso hoy, como ocurre en Bolivia, la demanda de las poblaciones que precisamente fueron víctimas de estados no nacionales y no democráticos, es no tanto más nacionalismo y más Estado, sino ante todo otro Estado; esto es, des/colonializar ese Estado, que es la única forma de democratizarlo. Pero si ese proceso llega a ser victorioso, el nuevo Estado no podría ser un Estado-nación o un Estado nacional, sino uno multi-nacional, o mejor aún, internacional. En los demás países, procesos que iban en esa dirección, como en Brasil desde 1964 o en Perú desde 1990, han sido derrotados. En la imposición global del neoliberalismo, es decir, de la re-concentración mundial del control del trabajo y del Estado por parte de las corporaciones globales y de su bloque imperial global, la erosión de la autonomía de los estados menos democráticos y menos nacionales es continua.

Desde esa perspectiva, la propuesta de la Tercera Internacional de que todos los países sometidos al imperialismo tuvieran “burguesías nacionales” con las cuales

los dominados/explotados/reprimidos debían hacer alianzas, en tanto supuestamente había un terreno común de intereses frente a la dominación imperialista, fue un error trágico –teórico, político e histórico. La propensión homogenizante, reduccionista y dualista del eurocentrismo se expresaba también en ese materialismo histórico post-Marx. Como toda teoría eurocéntrica, produjo en América Latina desvaríos teóricos, prácticas políticas erróneas e inconducentes, y derrotas cuyas víctimas fueron y son los trabajadores, las víctimas de la colonialidad del poder.

Aunque José Carlos Mariátegui había insistido en que en América Latina no había fundamento histórico para ninguna “burguesía nacional”, a diferencia de otras áreas, como en Asia, por ejemplo, a su muerte fue impuesta sobre la inmensa mayoría de las “izquierdas” la doctrina de la burguesía nacional y de la alianza nacional de los trabajadores con ella. El nacionalismo dominó virtualmente todo el debate de las izquierdas en América Latina durante el siglo XX, con una asociación puramente ideológica con el socialismo, sobre todo porque ambas vertientes buscaban el control del mítico Estado-nación, precisamente en países en los cuales, como en los “andinos”, la colonialidad del poder había hecho históricamente inviable el proyecto liberal/eurocéntrico de un moderno Estado-nación.

Así, por ejemplo, Alan García Pérez, hoy uno de los dos candidatos a la segunda vuelta electoral en Perú, fue entre 1985 y 1990 uno de los agentes de tales desvaríos teóricos y errores políticos, y quien llevó a su pueblo a una derrota cuyas consecuencias no hemos terminado de pagar. Y, peor, al regresar ahora, de nuevo muestra que aprendió al revés la lección política de esa historia, lección que tampoco ha sido aprendida por sus rivales. Estos siguen creyendo que el nacionalismo produce naciones y estados-nación en sociedades configuradas en torno de la colonialidad del poder y con universos pluriculturales e incluso pluri-nacionales. Peor aún, todos los eurocentristas del actual debate mundial, como los autores del muy vendido *Imperio*, Toni Negri y Michael Hardt, persisten en pensar que todo país, en cualquier contexto histórico, es por definición una nación, y que todo Estado central es por eso un Estado-nación.

El Bloque Imperial Global

Con la desintegración del campo socialista, el mundo emergió como unipolar en el sentido específico de que un único patrón de poder controlaba a toda la población del globo. Por eso, lo que era –y todavía es– un bloque imperial global, con EE.UU. como su Estado hegemónico, fue virtualmente percibido por muchos como un único Estado todopoderoso, e incluso como el centro mismo de un único imperio global.



© Malena Fallacara

Los conflictos y tensiones no podían no existir en dicho bloque, por ejemplo respecto de la invasión de Irak. Pero dado que ocurrían al interior de un *bloque* de intereses sociales y políticos comunes, no tenía sentido esperar rupturas o enfrentamientos violentos. No obstante, de ningún modo podría decirse que los conflictos han terminado, o que los intereses particulares –incluso nacionales– de los otros miembros del bloque han dejado de actuar. Dados los notorios problemas del capitalismo en EE.UU. –por ejemplo la más grande deuda internacional mundial, así como el mayor déficit fiscal y comercial del mundo; sus crecientes dificultades en las guerras colonial/imperialistas en Irak y Afganistán; la resistencia de los migrantes en los centros mismos del bloque (las luchas en Francia, en España y en EE.UU., en donde ha sucedido la más grande manifestación política de todos los 1º de Mayo de la historia de ese país); la resistencia social mundial de los trabajadores contra las tendencias extremas del poder; y la lucha de los indígenas en América Latina y en el Asia– dadas esas condiciones, las tensiones en dicho bloque podrían ser aún más fuertes. Y en la perspectiva del tiempo por venir, las tendencias apuntan a la formación de nuevos partícipes de las disputas hegemónicas en el mundo, y en algunos casos a realineamientos coyunturales de intereses en esas pugnas, como China, India, Rusia, quizá Brasil, quizá, inclusive, tendríamos derecho a imaginar una Comunidad Suramericana de Naciones. Como resulta perceptible, no se trata solamente



© Rosalía Pellegrini

de pugnas entre estados, sino de conflictos en el patrón mismo de poder, cuyas expresiones son esos estados.

Nadie, en ningún espacio dentro de este patrón de poder, podría estar fuera o libre de los conflictos, de la exacerbación de la crisis y de sus violencias. Nadie, por lo tanto, debiera siquiera imaginar que puede ser neutral entre las crecientes perversiones de los dominadores/explo-tadores/represores y las luchas de resistencia de sus víctimas. Y en la medida en que la crisis de la colonialidad del poder ha estimulado estudios y debates sobre estos cambios, también otros horizontes históricos hacia los cuales encaminar nuestras luchas están levantándose.

Notas

1 Transcribimos aquí, bajo la forma de artículo, las respuestas a una entrevista no publicada que el autor nos hizo llegar para su inclusión en este número del OSAL. Agradecemos especialmente a Aníbal Quijano por habernos facilitado el presente texto.

2 Sobre ello ver Quijano, Aníbal 2004 "O 'Movimento Indígena' e as questões pendentes na América Latina" em *Política Externa* (São Paulo: USP) Vol. 12, Nº 4.

3 Ver ídem.